

hacia su Criador, pasando sobre la tierra, no parece, ántes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oídos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede eshalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al Ser infinito.

Apénas habíamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente:—¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos, para ver aquel fuego lejano sobre las olas y con efecto una ancha ascua flotaba en el Oriente en el confin del horizonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena, inflamada por el vapor del viento de Oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol acaba de hundirse, habia dejado en el Occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; nillares de estrellas

nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo aquello que pudiese estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decirle al capitán: ¡Dios guarde á vd.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; luego bajé dando gracias á Dios en mi corazón de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ninguna letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiración en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el día hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque;—luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y

ondeante claridad en los anchos valles líquidos, abiertos entre las grandes olas. Esos flotantes vislumbres de la luna parecen arroyos de agua corriente, cascadas de agua de nieve en el cauce de los verdes valles de Jura ó de la Suiza. El buque baja y sube tardamente cada una de aquellas zanjas: por primera vez, en este viage, oímos las quejas, los gemidos de la madera: las apretadas costillas del bergantin ecshalan, bajo el choque de cada oleada, un rumor al que nada puede compararse con mas propiedad que los últimos mugidos de un toro herido por el hacha y tendido sobre el costado en las convulsiones de la agonía. Aquel rumor mezclado en la noche á los rugidos de cien mil olas, á los gigantescos botes del buque, á los crugidos de los mástiles, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que lanzan y que se oye llover silvando sobre el puente, á las pisadas rápidas y recias de los hombres de guardia que corren á la faena, á las palabras raras, firmes y breves del oficial que manda;—todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven muy mas profundamente el alma humana que el estruendo del cañon en el campo de batalla. ¡Es preciso haber asistido à estas escenas para conocer el lado penoso de la vida de los marinos, y para medir uno su propia sensibilidad moral y física!

Así se pasa la noche entera sin sueño. Al rayar el dia, el viento se aplanan un poco, cesa la ma-

rejada, las olas no se coronan de espuma; todo anuncia un dia hermoso; al trasluz de la bruma colorada del horizonte vemos las altas y largas cordilleras de los montes de Cerdeña. El capitán nos promete un mar sereno y terso como un lago entre esta isla y la Sicilia. Largamos ocho nudos, á veces nueve (1); á cada cuarto de hora, las relucientes costas hácia las que nos impele el viento, se dibujan con mas limpieza; los golfos se abren, los cabos avanzan, las peñas blancas se alzan sobre las olas; las casas, las tierras labradas empiezan á distinguirse en las vertientes de la isla. A mediodía, tocamos á la entrada del golfo de San Pedro; pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalla en nuestras velas un huracan repentino de viento norte; la marejada ya bastante crecida de la noche pone obstáculo al viento, y se hacina en verdaderos collados movedizos; todo el horizonte es un inmenso campo de espuma; el buque titubea sucesivamente sobre las crestas de todas las olas, luego se precipita casi perpendicularmente en las profundidades que las separan; en vano persistimos en querer buscar un abrigo en el golfo. En el momento en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento silbador como una descarga de flechazos se escapa de cada

(1) Un nudo equivale á una milla.—*N. del T.*

valle, de cada ensenada de la costa, y tumba el bergantin sobre el costado; apénas hay tiempo para amainar las velas; solo conservamos las velas bajas en que recogemos el viento; el capitan corre al timon; entónces el buque, como un caballo contenido por una mano vigorosa y á quien acortan la rienda, parece como que piafa sobre la espuma del golfo; las olas pasan ras con ras de nuestro bordo, del lado por donde está inclinado el buque, y todo el costado izquierdo, hasta la quilla, está fuera del agua; así navegamos cosa de veinte minutos, con la esperanza de llegar á la pequeña rada del lugar de San Pedro; ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañon, pero la tempestad arrecia, el viento nos azota como una bala; nos vemos precisados á ceder y á virar peligrosamente, bajo el mas violento embate de la ventisca. Conseguimos nuestro intento, salimos del golfo mediante la misma maniobra que nos ha lanzado á él, y nos hallamos en alta mar con un temporal horrible. La fatiga de la noche y del dia nos hace desear vivamente un abrigo ántes de otra noche que todo nos hace temer como mas borrascosa todavía. El capitan se decide á arrostrarlo todo, hasta el rompimiento de sus mástiles, por hallar un fondeadero en la costa de Cerdeña, y cabalmente á pocas leguas del punto en que nos hallamos, el golfo de Palma nos promete uno. Luchamos para entrar en él, contra la misma furia de los vientos que nos

ha echado del golfo de San Pedro: al cabo de dos horas de lucha, vencemos y entramos, como una ave marina inclinada sobre sus alas, hasta el fondo del hermoso golfo de Palma. La tempestad no ha cesado, oímos el incesante mugido del alta mar á tres leguas detras de nosotros; el viento continúa silbando en nuestras jarcias, pero en este estanque rodeado de altas montañas, no puede levantar mas que bocanadas de espuma con que riega y refresca el puente, y en fin, anclamos á unos seis cables (1) de la playa de Cerdeña, en un fondo de yerbas acuáticas, y en una agua mansa y apénas rizada. Deliciosa impresion es la del navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajos y afañes, cuando oye en fin rodar la cadena de hierro de la ancla que va á clavar su nave á una ribera hospitalaria. Apénas ha mordido el ancla, los rostros contractados de los marineros se dilatan; se ve que sus pensamientos descansan tambien; bajan á los entrepuentes, van á mudar sus vestidos mojados, pronto vuelven á subir con su ropa de los domingos, y tornan á todos sus apacibles hábitos de su vida en tierra. Ociosos, alegres, locuaces, están sentados, con los brazos cruzados, sobre las barandas del *boardage* ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia los paisages y las casas de la orilla.

(1) Unas 360 brazas.

17 de Julio 1832.

Anclados en esta serena rada, despues de una noche deliciosa de sueño, almorzamos sobre cubierta al abrigo de una vela, que nos sirve de tienda; la costa abrasada, pero pintoresca, de la Cerdeña, se estiende delante de nosotros. Una embarcacion armada con dos piezas de artillería se desprende de la isla de San Antioco, á dos leguas de nosotros, y parece acercarse adonde estamos. Pronto la distinguimos mejor; lleva marinos y soldados, y apénas llega al alcance de la voz, nos pregunta quiénes somos, y nos manda ir á tierra; despues de haberlo deliberado, me decido á ir á acompañar al capitán del bergantin, nos armamos con varios fusiles y pistolas para resistir en caso de que quisiesen retenernos por fuerza, y damos la vela en el bote: apénas llegamos junto á la barca sarda que nos precede, saltamos en una playa en el fondo del golfo: aquella playa linda con un llano inculto y pantanoso. Una arena blanca, grandes cardos, algunos especillos de zábilas, tal cual chaparral de un arbusto de corteza pálida y gris, cuya hoja se parece á la del cedro: nubes de caballos silvestres, paciendo libremente por aquellos matorrales, que vienen galopando á reconocernos y olfatearnos, y luego parten relinchando, como bandadas de cuer-

vos; á una milla de nosotros, montañas grises pedradas, con solo algunas manchas de una vegetacion desmedrada en sus laderas; un cielo de Africa sobre aquellas cumbres calcinadas; un vasto silencio sobre todas aquellas campiñas; el aspecto de desolacion y de soledad que tienen todas las playas de mal aire en la Romaña, en la Calabria, á la vera de las lagunas Pontinas, tal es la escena; siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, frente elevada, ojo atrevido y agreste, medio desnudos, medio vestidos con girones de uniforme, armados de largas caravinas, y llevando en la otra mano perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tienen que ofrecernos, tales son los actores. Respondo en napolitano chapurrado á sus preguntas; les nombro algunos de sus paisanos, de quienes he sido amigo en mi juventud, en Italia; aquellos hombres se muestran atentos y serviciales despues de haber sido insolentes é imperiosos; les compro un carnero que descuartizan en la playa. Escribimos, toman nuestras cartas en la raja que han hecho en la punta de una larga caña; echan yescas, arrancan algunas ramas verdes de los arbus-tos que cubren la costa, encienden una hoguera, y pasan nuestras cartas, empapadas en agua de mar por el humo de aquella hoguera, ántes de tocarlas.—Nos prometen disparar un tiro al anohecer para avisarnos que volvamos á la costa cuando estén listas nuestras demas provisiones de verduras y

agua dulce. —Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo:—horas de solaz y deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en la punta de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta piés por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo;—leve soplo de Oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentiscos, única verdura de aquellas costas, ya africanas;—en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora;—hermosa tarde;—noche esplendente;—la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á veinte y cinco leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de San Luis

para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Túnez, junto al cabo de Cártago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud por qué ciertos pueblos me inspiraban una antipatía, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraían involuntariamente y me embelesaban con su historia.—Sucediame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con el irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso.—Yo amo ó aborrezco en la acepcion fisica de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para iempre.—La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven.—Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva;—lo mismo le sucede á mi alma;—lo mismo á mi entendimiento;—cualidad propia de aquellos séres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instántaneo, inflexible. Uno se pregunta à si mismo:—¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre.—Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga